

San Francisco Javier

Hijo de Juan de Jassu y de María de Azpilcueta, Francisco vino al mundo en el castillo de Xavier, en Navarra, el 7 de abril de 1506. Su juventud fué muy dura, como si la Providencia quisiera poner a prueba la fidelidad y el amor de su corazón. En la guerra provocada por Fernando el Católico para anexas a Navarra a España en 1512, el padre de Francisco perdió sus posesiones a causa de su fidelidad a la dinastía de los Albret. Muerto Juan de Jassu en 1515, Francisco fué educado por su piadosa madre, hasta que en 1525 se trasladó a París para completar sus estudios. Estudió en el colegio de Santa Bárbara, donde se hizo señalar por su incorruptible castidad. En 1530 obtuvo el título de licenciado en Artes y, al mismo tiempo, le fué confiada una cátedra en el colegio de Beauvais. En esta época empezó a intimar con Iñigo de Loyola. Atraído por su fuerte personalidad y colmado en los mismos ideales, en particular en el

propósito de evangelizar a los infieles, Francisco prescindió con él en la iglesia de Montmartre el juramento de pasar a Tierra Santa o de ponerse a disposición del Papado (15 de agosto de 1534).

Al objeto de prepararse para su futura labor, se dedicó durante dos años al estudio de la Teología. En noviembre de 1536 partió para Venecia con la esperanza de embarcarse para Palestina. En esta ciudad fué ordenado sacerdote y celebró la primera misa el 24 de junio de 1537, después de una ferviente preparación espiritual. En 1538, dificultada la empresa evangelizadora entre los musulmanes, Francisco Javier se trasladó a Roma, donde colaboró con San Ignacio en los trabajos preparatorios de la constitución de la orden. Pero aún no había recibido ésta la aprobación pontificia, que ya el ardor de Francisco, empujándolo hacia la misión, le llevó a cruzar los mares hacia la lejana India. El 15 de marzo de 1540 formuló por escrito sus votos de obediencia, pobreza y castidad, y el 16 partió de Roma, revestido por Paulo III con la dignidad de legado apostólico.

Habiéndose embarcado en Lisboa, llegó a Goa, en la India, el 6 de mayo de 1542. Inmediatamente empezó a predicar la palabra divina. Su voz resonó en Goa, en la Pesquería, en Trevancor y en Cochín (1542-1545). Luego evangelizó en Ceilán. En septiembre de 1545—partió para las Molucas, visitando Amboina y Ternate. Después de una estancia de dos años en las islas de las Especies, regresó a la India (1548), pero ya con el firme propósito de pasar a los poderosos reinos de que había oído hablar en las Molucas, rumbo al Japón. Llevaba consigo a dos compañeros jesuitas y tres neófitos japoneses. Dios quiso hacer próspera la travesía, pues el 15 de agosto siguiente desembarcaba en el puerto de Kagoshima. Francisco predicó en el Japón hasta noviembre de 1551, fundando comunidades cristianas en Kagoshima, Hirado, Yamaguchi y Rungo, pese a la guerra civil que devastaba al país y a la oposición de los bonzos. Convencido de que el éxito de su misión dependía de la conversión de los chinos, dejó el Japón en la fecha indicada, consolado por los dos mil adeptos que florecían ya en aquellas tierras.

Se hallaba en Goa en 1552 para preparar una embajada al emperador de China. Habiéndola obtenido, se embarcó para su destino a fines de mayo del mismo año. Pero el capitán Alvaro de Ataíde hizo defección en Malaca. Entonces se hizo trasladar a la isla de Sanchán, cerca del litoral chino, en espera de pasar al continente. Aquí, San Francisco, agotado por las fatigas y las privaciones, entregó su espíritu al Señor el 3 de diciembre de 1552. Setenta años más tarde, el 12 de marzo de 1622, Gregorio XV reconocía sus enormes méritos y sus pocas comunes virtudes elevándolo a los altares.

Antonio de Oquendo (1577-1640)

En el mar del Norte y en el paso de Caíais, en los litorales de Europa y Africa, Antonio de Oquendo defendió con un ardor cada día renovado, el pabellón hegemónico de España en los mares, en una lucha desigual de naves y tripulaciones, que no de pericia y valor combativo. Al final de su actuación le fué adversa la suerte de las armas; pero en la historia de la Armada española la figura de Oquendo ocupa el lugar privilegiado que le corresponde por sus excep-

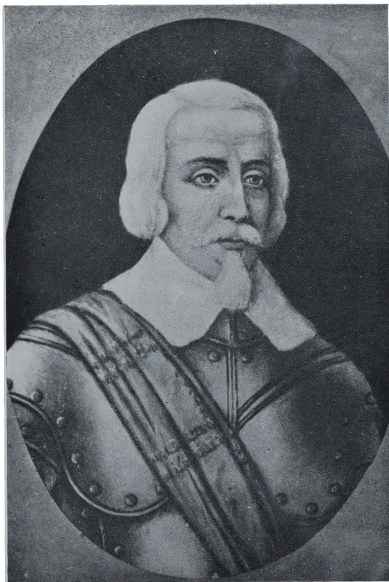
cionales condiciones náuticas y militares.

Nacido en San Sebastián en 1577, se sintió atraído por el mar como tantos y tantos vascos. A los dieciséis años sirvió en las galeras de Nápoles, de las que más tarde pasó a la flota del Atlántico al mando del almirante Fajardo. En 1604 —tenía veintiseis años— se coronó de laureles en una victoriosa acción contra un corsario. Sucesivamente mandó la escuadra

de Vizcaya y la del Cantábrico, encargándose de tener a raya a la flota holandesa, que amenazaba el tráfico de cabotaje y las llegadas de los buques de América. En una ocasión como general de la flota de Nueva España, escoltó la travesía de los galeones de la carrera de las Indias. Estos y otros servicios le valieron el rango de almirante de la flota del Océano. En 1623 el gobierno de Felipe IV le concedía, en propiedad, el cargo de almirante general de la misma. Fue en calidad de tal que socorrió la plaza de al-Mah-diyah (Mamora), atacada por los moros, quienes se retiraron ante la sóla presencia de los buques de guerra españoles. Con este motivo Oquendo recibió la propia felicitación del monarca.

Después de un período de desgracia, en que incluso llegó a estar encerrado en Fuenterrabía, Oquendo recuperó el favor real y puso sus muchas cualidades al servicio de la causa de España, en dura guerra contra la muy superiormente dotada flota holandesa, contra la cual sostuvo más de un centenar de victoriosas acciones. Su mayor triunfo lo consiguió el 12 de septiembre de 1631 al derrotar a la flota del almirante Hauspater, fuerte de 33 navios, con sólo la suya que contaba 16 y eran, además poco marineros. Con esta acción logró forzar el bloqueo de las costas holandesas y abastecer el puerto de Pernambuco y otras fortalezas brasileñas. En cambio, en 1639, cuando llevaba auxilio a Flandes, fué derrotado por los holandeses, cuya flota de 114 bajeles era cinco veces más numerosa que la española, en la batalla de las Dunas (21 de septiembre). Derrotado, pero no vencido; ya que los enemigos no pudieron abordar a la capitana real, en cuya cubierta Oquendo había hecho prodigios de valor y saber, que entró en el puerto de Mardique, término del viaje.

De regreso a España, Oquendo ya no se recobró de las fatigas y privaciones de la empresa anterior. Así murió en el puerto de La Coruña, a donde había conducido los restos de su escuadra, el 7 de junio de 1640.



Antonio de Oquendo

Ignacio Olagüe, el Vascongado inquieto de las múltiples disciplinas

Es sumamente curioso el tipo de escritor de Ignacio Olagüe, ya que si se le examina, se advierte que ha dedicado su vida a los más diversos estudios, a las materias más que encontradas, al menos aparentemente, y que, por un camino que a simple vista pudiera antojarse de dispersión, ha llegado a una condensación de conocimientos y materiales, que le han permitido publicar ahora su obra monumental "La decadencia española", en cuatro tomos, en formato mayor, cada uno que sobrepasa las cuatrocientas páginas. Pero antes de proseguir analizando, o esbozando, para ser más exactos, el significado del trabajo, daremos una impresión de la personalidad de su autor.

Nace Ignacio Olagüe en San Sebastián en el año 1903. Su apellido es de procedencia navarra, y en vascuence quiere decir "la Ferrería que está en lo alto". Estudió la segunda enseñanza en la pequeña villa guipuzcoana de Hernani, al lado de la capital donostiarra, en un colegio de Padres Jesuitas, y luego se licenció en Derecho en las Universidades de Valladolid y Madrid. Pero, además de sus estudios jurídicos, impulsado por su gran afición a las Ciencias Naturales, empuñó el conocimiento de éstas desde muy joven, y

en el año 1921 figuraba como miembro de la Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa, y no sólo dedicó sus esfuerzos y entusiasmos a estudiar la biología marina, sino que, en compañía de otros amigos que trabajaban hacia muchos años, contribuyó, de modo decisivo, a la construcción y formación del acuario de San Sebastián, que fué inaugurado el 1928. Mas ya había comprendido que intentar unos estudios originales en biología marina, por carencia de medios a su alcance, se presentaba para él erizado de dificultades, y por ello desvió su punto de mira hacia la paleontología y, especialmente, a penetrar en las faunas vivientes en estado fósil. De tal manera, por ese derrotero, se especializó en paleontología marina de los terrenos secundarios. Desde 1927 asistió con asiduidad al laboratorio de paleontología del Museo de Ciencias Naturales y fué un discípulo dilecto de don José Royo, gran autoridad, con el que trabó amistad en seguida.

Las facetas de la curiosidad de Ignacio Olagüe requerirían, para comentarlas, más extensión de la que se concede a un artículo informativo, pero, sucintamente, diremos que, casi al mismo tiempo, se dedicaba a reunir una enorme colección de fósiles que en-